

Amos Oz

**Las cuentas  
aún no están saldadas**

La última conferencia

Prólogo de David Grossman

Traducción del hebreo  
de Raquel García Lozano

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 72 (serie menor)

# Índice

<i>En memoria de Amos Oz</i> por DAVID GROSSMAN	9
<b>Las cuentas aún no están saldadas</b>	21
Agradecimientos	75

Buenas tardes, gracias por venir en esta agradable tarde de verano.

Cada vez que leo las últimas líneas de la obra *De aquí y de allá* de Brenner me recorre un escalofrío. Y de cuando en cuando tengo que hacerme la misma pregunta: ¿De verdad las cuentas aún no están saldadas?

La verdad es que no tengo mucho que decirles esta tarde. Hace unos meses publiqué un pequeño libro titulado *Queridos fanáticos*. E intenté volcar en él las conclusiones de toda una vida. Lo hice sobre todo para mis nietos. Les dije: Vuestro abuelo, en el periodismo de opinión y en las manifestaciones, ha estado durante mu-

chísimos años en la primera línea de combate. Ahora vosotros sois la primera línea de combate. El abuelo ahora está en apoyo logístico, suministrando munición. Aquí tenéis este pequeño libro. Él será vuestra munición. Intenté de verdad concentrar en él lo que pienso sobre la epidemia más terrible del siglo XXI —y no solo del siglo XXI, que es el siglo en el que se propaga, y no solo aquí—: el fanatismo; y también lo que pienso sobre el judaísmo, no solo como religión y no solo como nación, sino como civilización, como una sucesión de miles de años de textos; y también intenté concentrar en ese libro lo que pienso sobre el Estado de Israel, hacia dónde va y hacia dónde podría ir, porque realmente todas las cuentas aún no están saldadas.

De las cosas que aparecen en ese libro, voy a mencionar tres.

En primer lugar, lo que hay entre nosotros y los palestinos desde hace más de cien años es una herida sangrante, y no solo una herida sangrante, sino también una herida infectada, llena de pus. Ha pasado a ser un absceso. Una herida no se cura a palos. Es imposible. No se puede golpear una herida una y otra vez, y darle una lección para que deje de ser una herida y deje de sangrar. No me opongo a los palos. No soy pacifista. A diferencia de mis colegas europeos y norteamericanos, que muchas veces me abrazan por razones equivocadas —eres nuestro hermano, *make love, not war*—, yo jamás he pensado que la violencia sea el mayor mal que existe en el mundo. Siempre he pensado, durante toda mi vida, y lo sigo pensando, que el mayor mal que existe en el mundo es la agresividad. Y, en muchas ocasiones, la agresividad hay que detenerla a la fuerza. Se necesita un gran palo para refrenar y controlar la agresividad. La agresividad es la madre de todas las

violencias del mundo. Y, por tanto, jamás he creído en eso de *make love, not war*, pon la otra mejilla, *all you need is love*.

Dos parientes lejanas mías, judías de Alemania, cuando eran adolescentes, pasaron años en campos de concentración nazis. Quienes las liberaron de los campos de concentración nazis no fueron pacifistas con eslóganes, ramas de olivo y palomas, sino soldados aliados con cascos y metralletas. Eso jamás lo olvidaré. Por eso no soy pacifista, sino un luchador que lucha por la paz o un abanderado de la paz. Por eso no soy contrario a los palos. Si el Estado de Israel, si el pueblo judío no hubiese tenido por fin un palo grande y fuerte, ninguno de nosotros estaría aquí. O estaríamos muertos y enterrados, o habríamos sido expulsados de aquí a la fuerza. Estamos aquí porque existe ese palo.

Sin embargo, una herida no se cura a palos. Listillos de todo tipo llevan cien años diciéndonos: Un golpe más, uno fuerte y ya está, y todo

se arreglará. No. Una herida hay que curarla. No se la puede curar en un día, ni en una semana. Pero hay que empezar por algún sitio. Buscar un tratamiento inicial para la herida. Lo primero es adoptar un lenguaje terapéutico. No un lenguaje de sometimiento, ni un lenguaje de disuasión, ni palabras como «que aprendan la lección», «de una vez por todas» o «van a recibir tantos palos que no van a saber ni de dónde les llegan», sino un lenguaje terapéutico.

Un lenguaje terapéutico empieza por decirle a tu adversario —sí, a tu enemigo— estas sencillas palabras: «Ya lo sé. Te duele mucho. Lo comprendo». No las palabras: «Tú tienes razón y yo soy malvado». No las palabras: «Quédatelo todo. Lamento todo lo que te he hecho». No las palabras: «Me avergüenzo de todo». Sino estas sencillas palabras: «Te duele. Lo sé. También a mí me duele. Busquemos alguna solución».